

paciencia se podrán practicar en una hora? ¡O mi Dios, y en qué poco tiempo nos haríamos ricos de bienes espirituales, si nos supiéramos aprovechar de todo! No desprecies ocasion alguna, y hazte familiar este ejercicio. No dejes pasar alguna hora sin ofrecer á Dios algun fruto, aunque no sea mas que un acto de amor de Dios, que en cada hora se puede, y se debiera repetir muchas veces. Gran medio para que tu vida sea abundante en buenos frutos, y para que tus dias sean verdaderamente llenos.

2 Examina bien cual es tu pasion dominante; ella te proporcionará muchas ocasiones para ejercitarte en actos de virtud. Ten previstas sus sollicitaciones, preocupa sus asaltos, aprovéchate de todo. ¿No tienes alguna envidia, alguna aversion, alguna antipatia? No hay gusano mas roedor de este género de frutos espirituales. Mira que Dios hace grande aprecio de estas menudencias; no desestimes su cultivo. Nunca leas libro alguno piadoso, sin sacar de él algun fruto; y para eso al acabar de leerle, determina cual ha de ser. Aprovéchate de los buenos y aun de los malos ejemplos; el zelo de la propia perfeccion tiene cien industrias para servirse de todo. Cuida mucho de que no sean infructuosas las instrucciones y lecciones que te dan; y procura tener el consuelo de no confesarte ni comulgar jamás sin sacar algun fruto de la confesion y comunion.

## DIA XVI.

### MARTIROLOGIO.

SAN UBALDO, obispo, en Gubio (ó Eugubio), esclarecido en milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES AQUILINO Y VICTORIANO, en Isauria, (ciudad del Asia.)

EL MARTIRIO DE SAN PEREGRINO, primer obispo de Auxerre, el cual fué enviado á Francia con otros clérigos á predicar el Evangelio por el papa Sixto; y despues de haber desempeñado exactamente su apostólico ministerio, habiéndole degollado, consiguió la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES FELIX Y GENNADIO, en Uzali en Africa.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MONGES, en la Palestina, que fueron muertos por los sarracenos en el monasterio de S. Sabas.

LOS SANTOS MÁRTIRES AUDAS, OBISPO, SIETE PRESBITEROS, NUEVE DIACONOS Y SIETE VIRGENES, en Persia, los cuales atormentados de varias maneras por orden del rey Isdegerdes, consumaron el glorioso martirio (en el año 350.)

SAN JUAN NEPOMUCENO, en Praga en Bohemia, canónigo de aquella metropolitana, el cual habiéndole pedido que revelase el sigilo de la confesion, y no asintiendo á ello, fué echado en el rio Moldava, logrando de este modo la corona del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN HONORATO, obispo, en Amiens.

SAN DONNOLO, obispo, en Mans de Francia.

SAN POSIDIO, obispo Calamense, en la Mirándula, ciudad de la Lombardia, y discipulo de S. Agustín, cuya vida escribió.

SAN FIDOLÓ, confesor, en Troyes de Francia.

SAN BRANDANO, abad, en Escocia.

SANTA MÁXIMA, virgen, en Friuli, la cual murió en el Señor llena de virtudes.



S. JUAN NEPOMUCENO. M.



#### SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR.

ENTRE las varias calamidades que ha padecido la Iglesia, y en la mayor corrupcion de los siglos mas relajados, siempre ha hecho ver su esposo Jesucristo que no podrian prevalecer contra ella las puertas del infierno; antes bien, las mismas persecuciones harian resaltar el precio y hermosura de la virtud. Vióse esto con la mayor claridad en el reinado turbulento, deshonesto y sanguinario de Wenceslao, emperador de Alemania y rey de Bohemia, indigno por sus escesos de haber sido hijo del generoso Carlos IV. Entre los varones que ilustraron por aquel tiempo la iglesia de Bohemia, y principalmente la metropolitana de Praga con el lustre de su nacimiento, con la copia de doctrina, con la fortaleza en defender la inmunidad eclesiástica, con la inocencia de costumbres, y todas las demás virtudes propias de los grandes sacerdotes, fué uno S. Juan Nepomuceno, cuya vida y felicísima muerte, honrada con la laureola del martirio en defensa del sigilo religioso de la confesion, es como se sigue.

Nació S. Juan llamado Nepomuceno por su patria que fué Nepomuck, aldea de Bohemia, entre el año de 1320 y 1330, segun se deja inferir de los sucesos de su vida. Sus padres, hombres de mediana fortuna, fueron mas ilustres por la solidez de su piedad, que por la antigüedad de su ascendencia. Habian llegado á una edad avanzada, sin el consuelo de tener sucesion: dirigian al cielo sus votos, derramando copiosas lágrimas delante de la imagen de la Madre de Dios, que se veneraba en Verdemonte, monasterio de Cistercienses, mas por ejercicio de su piedad, que porque esperasen tener hijos en edad tan desproporcionada. Pero la piadosa Madre de misericordias oyó sus oraciones, y no solamente alcanzó de su Hijo que los alegrase con

el nacimiento de Juan, sino que habiendo éste enfermado tan peligrosamente, que se desesperaba de su vida, sanó repentinamente luego que sus padres acudieron á ofrecer sus votos delante de aquella santa imágen. Toda su puericia fué un continuo tejido de santas obras, que manifestaban la verdad con que el cielo habia indicado antes de nacer la pureza de sus costumbres, y los ardores de su caridad, por medio de unas hermosas llamas que descendian del cielo, y rodeaban la casa que fué el teatro del dichoso nacimiento de tan santo varon. Habiale dotado la naturaleza de un semblante, en que se juntaban la majestad y hermosura con una amabilidad y sencillez que arrebatava los corazones. Su genio vivo, su rara memoria, y su entendimiento agudo y perspicaz, no desmentian un punto los anuncios felices de su semblante. Para no malograrlos cuidaron sus padres de proporcionarle los estudios de latinidad y elocuencia, y para este efecto le enviaron á la ciudad de Zatecio, en donde estas letras estaban á la sazón florecientes. Como su ingenio era de aquellos que se hacen superiores á las ciencias, é incansable su aplicacion, en poco tiempo estudió la latinidad y letras humanas. Pero como nuestro corazon es el que principalmente dispone los progresos de nuestros estudios, siendo cierto que en nada se adelanta tanto como en lo que se estudia con gusto, nada llevaba la atencion del mancebo con tanta violencia como el estudio de aquel arte hermoso que sirve de dar energia á los discursos, y mayor fuerza á la verdad. Siendo ya latino, humanista y orador, y conociendo que no le bastaba tener conocimientos que diesen hermosura á sus labios si no rectificaban las disposiciones de su corazon, determinó con el consentimiento de sus padres conducirse á Praga, en donde el emperador Carlos IV habia establecido una floreciente universidad, llevando con grandes premios los maestros mas sobresalientes en todas facultades que tenian en aquel tiempo París, Padua y Bolonia. En esta floreciente escuela estudió la filosofia y sagradas ciencias, hasta conseguir el grado de maestro en la primera, y el de doctor en sagrada teología y cánones.

Desde el principio en que habia comenzado á instruirse en las letras humanas, habia conocido el Santo que la grande propension que sentia en su alma al estudio de la elocuencia, denotaba cierta vocacion al sacerdocio, y á procurar la salvacion de las almas. Desconfiaba sin embargo de su propio juicio: sabia muy bien el Santo, que la felicidad con que se cumple un tan arduo ministerio pende las mas veces de la proporcion y del genio del alma para semejantes ejercicios, y de haberse introducido al

estado eclesiástico con aquellas dotes que le son propias y necesarias. Gastó el santo mancebo un mes entero en rigurosa soledad, purificando y examinando su conciencia, afligiendo su inocente cuerpo, y dirigiendo al cielo fervorosas oraciones y sentidas lágrimas, para que se dignase de hacerle patente su voluntad, y darle los auxilios necesarios para cumplirla. Conoció de la constancia en sus propósitos, y mucho mas por aquella interior ilustracion con que Dios se insinua en los corazones de sus siervos, que este Señor le llamaba al estado eclesiástico; y así, concluidos sus ejercicios, recibió los órdenes sagrados, y comenzó á ejercitar las funciones de su nueva dignidad por medio de la predicacion. No se componia esta de aquellos discursos graciosos y engalanados, que suelen manifestar mas bien que los oradores van á predicarse á sí mismos, y hacer patentes su vanidad y su ciencia, que no á ganar las almas perdidas, y reducir las á la grey de su pastor, de donde se habian descarriado. El movimiento, la convulsion que causaba en las almas de los oyentes, el aprecio con que estos le oian, sus lágrimas, y mucho mas la enmienda de sus vidas, daban un claro testimonio de la excelencia de su predicacion: y en breve tiempo todos los vecinos de Praga reconocieron en S. Juan Nepomuceno un ministro evangélico, en quien resplandecia á un mismo tiempo la copia y sublimidad de doctrina, y el santo ejemplo de sus obras con que la confirmaba. En esta justa persuasion no tuvieron dificultad de nombrarle predicador de la basilica de nuestra Señora de Trein en Praga la antigua, que era el sitio mas principal y noble de aquel pueblo, y en donde solo se permitian predicar oradores muy consumados.

La doctrina, virtud y continuo trabajo de este digno sacerdote iba creciendo en tanto grado, que todos á una voz publicaban su mérito, y clamaban por su exaltacion. Distinguióse entre todos el arzobispo de aquella santa iglesia, por cuya solicitud no solamente fué hecho nuestro Santo canónigo de aquella respetable catedral, sino que se le confió el delicado empleo de predicar al César en la cuaresma. No obstante su resistencia tuvo que aceptar uno y otro honor, y ejerció muchos años, siendo canónigo, el oficio de predicador del César con grande complacencia de todos los áulicos y de las gentes del pueblo, que continuaron á oírle con fruto y admiracion. El argumento ordinario sobre que formaba sus sermones era la penitencia y arrepentimiento de los pecados: la relajacion, soberbia y gastos superfluos de los nobles: la fealdad y consecuencias perniciosas de la borrachera, vicio entonces muy ordinario: el lujo y profani-

dad de los vestidos; y últimamente, el juicio tremendo que espera á todos los delincuentes, y las penas acerbadas é interminables que han de tener por castigo. Oía todas estas cosas el jóven emperador Wenceslao, que habia sucedido á Carlos IV por los años de 1378 en el imperio de Alemania; encantábale la sabiduría de Nepomuceno, su gracia y energía en el decir, y la solidez y acrimonia con que declamaba contra los vicios; y como todavía estos no habian llegado á corromper su corazon, lograba la palabra de Dios en él un completo fruto, lo cual manifestaba en sus obras.

Llegó esto á tanto, que formando el rey de S. Juan el concepto mas ventajoso, le nombró para uno de los mejores obispos, bien persuadido á que tantas virtudes y letras como en Nepomuceno resplandecian, calificaban de acertada su eleccion, y darian un digno sucesor á los apóstoles. Pero el Santo significó al César su ineptitud, y le pidió encarecidamente le dejase exonerado de tan pesada carga, para dedicarse con mayor libertad y zelo á la conversion de las almas, que era lo único en que podian emplearse con alguna utilidad sus débiles fuerzas. De la misma manera renunció la prepositura de una iglesia exenta, que era en aquel tiempo de las primeras dignidades, ya por las honrosas comisiones y ejercicios que la eran anejos, y ya por la cuantiosísima renta de que gozaba. Renunciado el obispado y la prepositura que el emperador destinaba justamente al agigantado mérito de nuestro Santo, parece que habia de calmar el empeño de aquel príncipe en destinar honores á un sugeto que tanto lo repugnaba; pero no fué así, porque como la virtud era la que estaba moviendo continuamente su corazon, éste podia sosegarse por algun tiempo, mas no podia borrar las impresiones que el mérito de S. Juan en él habian causado. Insistió de nuevo en condecorarle con la dignidad de real limosnero; dignidad que al tiempo que premiaba en parte sus sobresalientes virtudes le conservaba dentro de palacio; y además de esto le proporcionaba un ejercicio correspondiente á su gran caridad. De comun consentimiento el rey y la reina le ofrecieron este oficio, y el Santo, considerando que muchas veces se esplica la soberbia por el desprecio porfiado de todas las dignidades, determinó inclinar el cuello á una carga que le destinaba la divina Providencia, y complacer al emperador en un empleo menos peligroso para su alma. Ejercitóle de tal modo, que todos los áulicos estaban admirados de la destreza, política é integridad con que se conducia en palacio; los pobres daban gracias al cielo, sorprendidos de su ardiente caridad y de sus largas limosnas, y

todos admiraban en su conducta y ejercicio los efectos de una prudencia celestial y de una justicia consumada.

Estas virtudes aumentaban de dia en dia su santidad; esta su celebridad y su fama, y de todo nacia una autoridad que mandaba sobre la conciencia de todos deseando conducirse por su sabiduría y sus consejos. Pero en donde hicieron mas operacion estas recomendables virtudes fué en el corazon de la emperatriz Juana, esposa de Wenceslao é hija de Alberto, duque de Baviera, y conde de Holanda. Era esta matrona amable por todas sus circunstancias: de un inocente candor en su genio, de una piedad recomendable en sus costumbres, y de un conjunto de virtudes cual convenia á un real pecho. Movida de la sublimidad de sus sermones, de la seguridad y solidez de sus máximas, y de la fuerza victoriosa con que persuadia la virtud, determinó tomarle por su confesor para que dirigiese su conciencia, y fuese maestro de su vida. En este tiempo la santa iglesia metropolitana de Praga miraba á Nepomuceno como á su mayor ornamento, y toda la corte como á un oráculo en donde hallaban sus dudas claridad, seguridad, y desenredo sus dificultades, y un ángel de paz sus pleitos y disensiones.

Entre tanto el rey Wenceslao, que era de un genio cruel, deshonesto, y propenso á todos los vicios, iba empeorando sus costumbres, manchándolas con fierezas y deshonestidades. La piadosa reina Juana miraba con sumo dolor los excesos de su esposo, y la piedad y ternura de su corazon se conmovian mas violentamente á vista de las crueldades diarias que cometia. No podia ver sin horrorizarse que su marido, imitando á los príncipes mas crueles, llegase hasta el extremo de ensangrentar la mesa y las viandas que comia con la muerte de los grandes que allí mismo mandaba degollar. Gemia la inocente reina en el secreto de su corazon, y redoblaba sus suspiros el ver que su honesta conducta era mirada del rey con ojos infieles y zelosos. No hallaba consolacion sino en la soledad y el retiro, dirigiendo á Dios ruegos humildes para que ablandase el corazon de su esposo. Cuando los males que se padecen son extremos, no halla el afligido descanso sino en la conversacion con Dios y en el seno de la virtud. Por tanto, con ningun ejercicio podian templarse las lágrimas y amargura de la reina sino con la confesion sacramental, que comenzó á frecuentar con mas esmero, con la oracion continua, con los ejercicios de piedad y socorro de los pobres; y últimamente, con todo aquello que forma una vida completamente espiritual, en que se empleaba noche y dia.

Estas piadosas ocupaciones de la reina, sus mortificaciones y abstracción, que bastarian por sí solas á ablandar el corazón mas rebelde, y á escitar en él los estímulos de un verdadero y puro amor, produjeron en Wenceslao efectos enteramente contrarios. No podia sufrir la presencia de su esposa: aborrecia con todo su corazón la inocencia de sus costumbres, cuando estas se presentaban á sus ojos; pero cuando la veia retirada y apartada algun tanto de su presencia, sentia su corazón encendido en vivas llamas de amor, que aunque profano, tenia la actividad suficiente para producir en él la loca pasión de unos zelos furiosos. Produjeron estos en el inicuo rey la desatinada curiosidad de saber la confesion de su esposa, los delitos que confesaba al sacerdote, los consejos que éste la daba, y principalmente cómo pensaba de su marido, y si acaso tenia su amor empleado en otro objeto. Tan locos pensamientos es capaz de producir la tiranía cuando se aconseja de la crueldad, de la torpeza y de la lisonja. El intentar satisfacer sus curiosos deseos por confesion de la reina, lo reputó por un imposible; y así resolvió aquietarlos, procurando emplear los medios mas suaves, y si fuese menester los mas violentos, para inducir á ello á su confesor, en quien sabia depositaba la reina todos sus secretos y confianzas. Mandó llamarle; y cuando le tuvo en su presencia, hizo de tal modo, que despues de varios rodeos de discursos y palabras, cayese la conversacion sobre las cualidades y condicion de las mujeres casadas, significando que sus intenciones mas ocultas y sus obras por santas y secretas que fuesen debian saberlas sus maridos, principalmente siendo estos reyes. Propúsole riquezas, honores, dignidades; y cuanto pudiera apetecer un hombre ambicioso, con tal que le revelase alguna parte de lo que la reina le confesaba, asegurándole que guardaria secreto, y quedaria tranquilo su corazón. Escandalizóse y llenóse de horror el sagrado ministro al oír semejante propuesta, y con evangélica libertad hizo entender al rey su impiedad y sacrilega pretension, aconsejándole se arrepintiese de tan execrable delito, y dejase de solicitar lo que de ninguna manera podria jamás conseguir. El corazón del rey se encendió en furor oyendo la repulsa, y mucho mas la reprehension agria con que el varon apostólico habia afeado su procedimiento; pero considerando que los primeros pasos suelen ser inútiles para la consecucion de los dificultosos objetos, y que las instancias continuadas suelen conseguir finalmente lo que habia parecido inasequible al principio, reprimió los movimientos de su ira, disimuló por entonces, y dilató para tiempo mas oportuno el reiterar las diligencias para obtener su loca empresa.

Un suceso inesperado, que llenó todo el palacio y toda la corte de terror, aceleró el tiempo que el rey habia determinado dar de treguas á sus sacrilegas intenciones. Y fué que habiéndole puesto en la mesa un ave no aderezada á su gusto, mandó que asasen al cocinero en la misma hornilla. Estaba á la sazón en palacio S. Juan Nepomuceno, y avisado de lo que pasaba, no tuvo dificultad en presentarse al rey con todo el valor que infunde en los pechos cristianos la caridad y la justicia. Rogó primeramente con palabras blandas y humildes por la vida de aquel infeliz; y cuando vió que persistia duro en su bárbara sentencia, le afeó con razones ásperas y terribles la ferocidad de su decreto. Pocas palabras habia pronunciado, cuando el inicuo principe enfurecido, sin respeto al sacerdocio, ni al decoro de la real dignidad, mandó que le encerrasen en un calabozo. Nepomuceno bien rezelo no fuese esta disposicion un pretesto para llevar adelante la intencion primera; y acertó en ello, pues le hizo saber el emperador que en su mano tenia la libertad si le revelaba la conciencia de su esposa. Luego fué otro enviado diciéndole que Wenceslao queria su amistad, y en prueba de ello le convidaba á asistir con los demás personajes á su mesa el dia siguiente. Asistió el Santo, y segun lo pactado, fué á palacio al dia siguiente mientras el emperador estaba comiendo, del cual fué recibido con demostraciones muy honorificas. Y cuando se levantaron de la mesa, quedando con el Santo á solas el rey, comienza á esplicarse mas ciego y obstinado que nunca en su sacrilego empeño. No está mas firme la antigua y dura roca combatida por todas partes de las olas embravecidas del mar furioso, que, entre las tentaciones, asechanzas y combates del impío Wenceslao estuvo S. Juan Nepomuceno. En lugar de intimidarse del semblante cruel del principe, ni de su discurso amenazador, lo despreció todo con ánimo escelso, certifiéndole, que ni los honores, ni las dignidades torcian su integridad, ni las amenazas acobardaban su valor. Esplicóle el oficio de confesor; lo sagrado y augusto del sigilo sacramental; las penas interminables que estaban decretadas en la otra vida al sacrilego transgresor de leyes tan santas; y últimamente, le exhortó á que desistiese de su desatinado empeño, bien cierto de que de ninguna manera llegaría á saber secretos que estaban reservados á solo Dios: que en lo demás le amaba como á su rey, y veneraba sus decretos como de un sustituto en la tierra del divino Legislador. Esta firme respuesta enfureció de tal modo al principe, que llamando inmediatamente al verdugo, dióle la orden de que llevase al Santo á una horrorosa carcel, y poniéndole sobre un potro des-

coyuntasen sus sagrados miembros, quemando al mismo tiempo con hachas encendidas sus costados. La presencia del príncipe hacia que los verdugos fuesen mas solícitos en avivar los tormentos; pero siendo estos inferiores á la invicta paciencia y ardentísima caridad del Santo, tuvo el César que salirse de la cárcel avergonzado, y los verdugos cansados de su bárbara crueldad desistieron de continuar el suplicio, quitando al mártir del potro, y dejándole en el calabozo.

Al paso que la ferocidad de Wenceslao tenia sus delicias en ver derramar sangre, y oír los lamentos que arrancaba su venganza de los afligidos corazones, temia á cada paso el justo castigo de sus excesos, que le dictaba su conciencia; y rezeloso del escándalo que habia de causar en toda la corte lo que habia ejecutado con un varon tan santo y respetable, mandó que le sacasen de la cárcel secretamente, y le dejasen ir libre á su casa. S. Juan Nepomuceno, olvidando enteramente lo que por él habia pasado, procuró con el mayor sigilo que se le curasen las heridas que en el tormento habia padecido; y con nuevo ardor volvió á emplearse en las sagradas funciones de su santo ministerio. Conocia muy bien la indole severa y contumaz del obcecado príncipe, y que no desistiria de su intento hasta quitarle la vida. En esta inteligencia redobló los ejercicios fervorosos de piedad en que antes se ocupaba, preparándose de este modo á una muerte violenta, que, avisado del cielo, sabia estar ya muy cercana. Verificóse su espíritu profético en esta materia, porque predicando en la iglesia de S. Victor, afirmó á todos sus oyentes que dentro de poco moriria, diciéndoles al mismo tiempo la multitud de males, guerras, sediciones y herejías, que habian de devastar aquel infeliz reino. Repetia muchas veces aquellas palabras de Jesucristo á sus discípulos: *Dentro de poco ya no me vereis; ya serán muy contadas las palabras que oigais de mi boca*; y al paso que el Santo decia esto con un rostro alegre, hermoso y sereno como el de un ángel, todo el pueblo se deshacia en amargas lágrimas condolido de su desgracia, y sintiendo intimamente perder un padre tan amoroso, y un predicador tan perfecto. Anuncióles como dentro de poco tiempo saldria del abismo una funesta herejia, que mezclaria sacrilegamente lo sagrado y lo profano con una confusion escandalosa; que serian consumidos por el fuego todos los templos y conventos de Bohemia, y que los sacerdotes perecerian con tormentos esquisitos. Ultimeamente, que estaba cercano el fin y término desventurado de la religion católica en todo aquel reino. Concluyó el sermón, despidiéndose de todos, pidiendo perdon á prelados y

canónigos de la iglesia de Praga, con las espresiones mas humildes, acusando su inocente vida, y ponderando sus mas leves faltas. Florecia á la sazón la iglesia de Bohemia por la observancia de la disciplina eclesiástica, por la santidad y literatura de sus prelados, y por la integridad de costumbres con que vivian sus ministros. Esto mismo escitó con mayor viveza la admiracion de cuantos oyeron el sermón de un varon tan santo, lleno de profecias tan funestas, y de novedades, que conmovian los corazones de todos. El dolor interior, el respeto, la sumision á los divinos arcanos, se apoderaron de sus almas en tanto grado, que el abatimiento y desconsuelo se manifestaban en sus semblantes, el silencio en sus bocas, y las lágrimas en sus ojos. Habia en Breslau una devota imágen de María Santísima, venerada con gran piedad de los fieles, quienes la recibieron con grande encargo de S. Cirilo y S. Metodio como una prenda segura de sus felicidades, y un lugar de refugio adonde acudiesen en sus infortunios y trabajos. A este santuario se fué S. Juan Nepomuceno, pocos dias despues de haber predicado aquel famoso sermón, para ocuparse en oracion fervorosa, y en piadosos ejercicios con que prepararse á la pelea sangrienta y cercana muerte que presentia su corazon.

Confortado vigorosamente Nepomuceno con los auxilios del Espíritu Santo, volvía de Breslau á Praga, cuando asomándose el emperador á una ventana, y divisando al Santo, su sola vista reprodujo en el ánimo del rey todos los furiosos afectos que anteriormente habia manifestado. Una nube de zelos y sospechas contra su inocente esposa se puso delante de sus ojos; la memoria de las repulsas que habia padecido su sacrilega pretension, y la constante firmeza con que el siervo de Jesucristo le habia resistido, exacerbaron su corazon y llenaron de furia su pecho, de tal manera, que mas que hombre, parecia un leon enfurecido. Envía al punto ministros que le traigan ante sí á S. Juan; y no sufriendo la cólera descomunal detenerse en muchas palabras, le dijo estas abominables y lacónicas razones: *Ten entendido, ó sacerdote, que vas á morir, si inmediatamente no me revelas la confesion de mi mujer, esponiendo todas cuantas cosas, aun las mas minimas, que ha fiado á tu secreto. Esto es hecho; pereciste: juro á Dios que beberás agua.* El Santo no dió respuesta alguna, pero con el semblante severo le dió á entender lo execrable del delito que se le proponia cometer, y la abominacion con que le miraba. Ya enfurecido el emperador no pudo reprimir su ira y prorumpió diciendo: *Coged á ese hombre y arrojadle en el rio luego que sea de noche, para que no sea notoria al pueblo su sen-*

*tencia y su castigo.* En efecto así fué ejecutado el bárbaro decreto, siendo precipitado atado de pies y manos á las corrientes del Moldava desde el puente que divide á Praga antigua de la nueva Praga. Así consumó S. Juan Nepomuceno la gloriosa carrera de su portentosa vida, y consiguió en defensa del sigilo sacramental un ilustre martirio. Sucedió éste en la vigilia de la Ascension del Señor, año de 1383.

Apenas fué sumergido en las aguas cuando se apareció sobre su cuerpo una luz celestial flotante, cuya estrañeza trajo infinito pueblo á sus orillas. La emperatriz ignorante del caso acudió con inocente simplicidad á su esposo y le preguntó qué podia significar aquel portentoso. Semejante pregunta, la conciencia de su delito, y el ver con sus ojos tan grande milagro, hirió todo junto como un rayo aquella alma proterva, de tal modo, que se apartó á un aposento retirado, y por espacio de tres dias permaneció sin hablar con nadie, bien fuese amedrentado del temor, ó simulando un dolor fingido de lo que habia hecho. Por toda aquella noche permanecieron las luces al rededor del sagrado cadáver, y en los ánimos de los ciudadanos la admiracion y la duda, hasta que al amanecer del dia siguiente vieron todos con dolor el origen de las lumbres maravillosas. Vieron en las orillas del Moldava un cuerpo exánime, que conocieron ser el de S. Juan Nepomuceno. Alborotada toda la ciudad acudió al rio y los canónigos de la santa iglesia metropolitana ordenando una devota procesion, tomaron con mucho honor y reverencia el cuerpo de su santo hermano, y le trasladaron á la iglesia de santa Cruz, de religiosas de la Penitencia, que estaba allí cerca, depositándole hasta tanto que se dispusiese en la iglesia metropolitana un digno sepulcro. Premió el Santo esta piedad, zelo y fortaleza de sus hermanos en procurar honrar su cadáver á la vista de un príncipe, en quien era tan pronta la ira como la ejecucion de sus consejos. Al tiempo que para formar el honroso sepulcro que habian meditado, cavaban los cimientos en la iglesia de S. Victor, se encontró un tesoro con gran copia de oro, plata y alhajas preciosas, que parecian ser el precio que el cielo destinaba á la piedad de los canónigos.

Entre tanto permanecia el cuerpo de S. Juan en la iglesia de santa Cruz, adonde concurrió inmensa multitud de gente á venerar al mártir de Jesucristo. Uños predicaban la constancia y fortaleza que habia tenido entre los atroces tormentos, y en la misma muerte: otros ensalzaban la causa de su martirio, que cedia en tanta gloria del sigilo sacramental: besábanle otros los pies y las manos: encomendábanse á su poderosa intercesion:

tocaban al sagrado cuerpo rosarios y medallas para tenerlos por reliquia. Informado de esto el emperador despachó una orden á los religiosos de santa Cruz para que se abstuviesen de levantar tumultos: que echasen de la iglesia á todo aquel concurso, y quitando de la vista el cuerpo de Nepomuceno, le retirasen á un rincón el mas apartado. Hizose lo que mandaba el tirano monarca, pero disponiendo el cielo que esto mismo sirviese para mayor gloria de nuestro Santo. Fué el caso, que el cuerpo de éste encerrado y escondido comenzó á exhalar tan suave fragancia, que de ninguna manera pudo mantenerse oculto, ni dejar de aumentarse de nuevo el concurso numeroso de los que concurrían á venerarle. Para colocarle en lugar mas decente y proporcionado á los continuos votos que ofrecian los fieles en reconocimiento y gratitud por los favores que recibían en las mayores necesidades, se habia construido un sepulcro honorífico en la iglesia catedral. Los canónigos, todo el clero, y una inmensa multitud de pueblo, se formaron en procesion; y habiendo ido á la iglesia de santa Cruz, tomaron el cuerpo del Santo, le llevaron con gran pompa á la metropolitana, resonando al mismo tiempo todas las campanas de la ciudad, y aclamándole por Santo todo el concurso numeroso. Antes de enterrarle, á petición del pueblo, se abrió la arca en que estaba el cadáver depositado, el cual fué venerado de todos, recibiendo al mismo tiempo con su contacto salud repentina muchos enfermos de diversas enfermedades por la intercesion del Santo. Depositóse finalmente en el sepulcro preparado, acompañando este acto las lágrimas de todos, principalmente de los pobres, que con la muerte de San Juan Nepomuceno lloraban la pérdida de un padre. Púsose encima del sepulcro una gran piedra, y en ella una inscripcion que decia así: *Aquí yace el venerable señor y maestro Juan Nepomuceno, canónigo de esta iglesia, y confesor de la reina; el cual, habiendo sido tentado en vano por Wenceslao, rey de Bohemia, hijo de Carlos IV, para que quebrantase el sigilo sacramental, sufrió con invicta constancia crueles tormentos; y últimamente, fué precipitado desde el puente al rio Moldava. Ilustróle Dios con milagros, y fué sepultado en este sitio en el año del Señor de 1383.*

Veneróse su cadáver por mucho tiempo en este sepulcro, haciéndole Dios glorioso con infinitos milagros, y visitándole con gran reverencia las personas mas condecoradas, como eran religiosos, canónigos, obispos, arzobispos, y hasta los mismos emperadores, quienes le tenían por Santo. Pero no habia declarado esto la Silla apostólica con la formalidad acostumbrada, hasta que en el

año de 1719, siendo comisionado el obispo de Praga para reconocer el cadáver, pasó á hacerlo acompañado del cabildo y de toda la nobleza. Alzóse la lápida que cubria el sepulcro, y vieron todos con admiracion la integridad é incorrupcion del cadáver de S. Juan Nepomuceno. Creció el pasmo, cuando habiendo hecho reconocimiento de la lengua, se halló estar fresca, y tan flexible, que no resistia á la cisura de una lanceta que se le mandó hacer á un cirujano. Separóse esta preciosa reliquia en una rica caja de oro, é informado debidamente de todo lo acaecido Inocencio XIII, declaró el culto inmemorial; y Benedicto XIII le canonizó con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en esta augusta ceremonia, estendiendo su culto por todo el cristianismo. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de S. Juan Nepomuceno con todos aquellos que han implorado su patrocinio en las mayores necesidades; pero en lo que mas se han manifestado las misericordias de Dios, y el grande valimiento que para con él tienen las súplicas de este su siervo, es en el favor que han experimentado los que padecian alguna injusta infamia, ó temian que se descubriese algun verdadero delito, que con razon se la habia de ocasionar. Es tambien singular protector y abogado de aquellos, que no habiendo tenido vergüenza para ser ingratos á su Dios, la tienen en el tribunal de la penitencia para manifestar sus culpas al confesor y llorarlas con amargas lágrimas de compuncion. A unos y otros favorece este Santo, y por su intercesion logran la integridad de su honor, la paz de su conciencia, y la espacion perfecta de sus delitos: por todo lo cual sea Dios glorificado en sus siervos. Amen.

#### SAN UBALDO, OBISPO.

NACIÓ S. Ubaldo en Eugubio, ciudad de la Umbria, en Italia, por los años de 1084; de una de las más nobles y más distinguidas familias del país. Habiendo perdido á su padre casi estando en la cuna, fué confiado á la tutela de un tío suyo, llamado tambien Ubaldo, que le habia sacado de pila, y era un caballero aun mas distinguido por su virtud que por su noble nacimiento. El mismo le dió las primeras instrucciones de una cristiana educacion, reconociendo en el niño Ubaldo admirables disposiciones para la virtud, y no menor ingenio para sobresalir en el estudio de las letras. Púsole despues á pensión en casa del prior de S. Mariano y Santiago para que estudiase en

compañia de otros niños dedicados al servicio de la Iglesia; y en poco tiempo hizo muchos progresos en las letras humanas y divinas, pero mucho mayores en la ciencia de la salvacion.

Tuvo que padecer grandes combates su inocencia en medio de una casi general corrupcion de las costumbres. Cansado en fin, y ofendido de la licenciosa vida que se toleraba en los niños colegiales, compañeros suyos, dejó el colegio ó seminario de san Mariano, y entró en el de S. Secundo, donde se vivia con mucho mayor arreglo, y allí acabó sus estudios. Cuanto mas sabio se hacia, mas devoto se mostraba. La tierna y afectuosa devocion que profesaba á la Reina de los cielos le inspiró tanto amor á la pureza, que aun siendo muy niño, y hallándose heredero de una rica sucesion, resolvió renunciar todas las vanidades del mundo, é hizo voto de perpetua castidad.

Una virtud tan pocas veces vista en un jóven rico, noble, de buena disposicion y de mucho ingenio, en una ciudad donde eran tan raros los buenos, movió al obispo S. Gramairiano á desear tenerle en su familia; y noticioso de que habia abrazado el celibato, le hizo prior de su iglesia catedral, que era la de san Mariano, donde habia pasado Ubaldo los primeros años de su puericia.

El cabildo, de que se halló cabeza nuestro Santo siendo todavía tan jóven, habia muchos años que vivia sin orden y sin disciplina. Estaba desterrada de él la regularidad; abandonados los divinos oficios; y las horas canónicas se reducian á que tocasen á ellas las campanas. La clausura abierta por todas partes; el desorden tan público y tan continuo de dia como de noche; en una palabra, eran pocos los canónigos que no tenian una vida escandalosa. Gimió Ubaldo á vista de tan deplorable constitucion; derramó torrentes de lágrimas en la presencia de Dios, y no cesaba de implorar su misericordia por la conversion de sus hermanos.

El mal era grande, y la cura dificultosa. La misma inocencia y la misma virtud del santo prior eran al principio contra él. Mirábanle los canónigos como un mudo censor que los incomodaba; su mismo silencio, su modestia y sus mismas urbanas atenciones daban en rostro, y en vez de templar los ánimos los enconaban mas y mas. Como su vida era una vivísima reprehension de la que ellos traian, no podian sufrir que fuese cabeza de su comunidad. A los principios intentaron obligarle á renunciar la dignidad á fuerza de pesares y pesadumbres; pero su afabilidad, su paciencia y sus cortesanismos modales los desarmaron del todo, y aun en este particular se hicieron mas tra-